
UN DIA EN ALGAR.

SEÑORA DOÑA CAROLINA CORONADO.

DEVA.

Madrid 9 de Octubre de 1859.

Mi apreciable amiga : Las gratas impresiones que recibimos de la naturaleza nunca se sienten tan vivas como al separarnos de la naturaleza. Parece que el espíritu entonces, volviendo sobre sí mismo, dá nueva vida á los seres, y tiñe con sus colores los cuadros que ya no vemos, y armoniza con sus notas los sonidos que ya no oímos, y anima con sus ideas las fuentes que hemos dejado en nuestro camino, porque al fin naturaleza seria como una flor seca, si no le diese aromas el espíritu humano; como un libro cerrado é ininteligible, si el espíritu del hombre no interpretara sus misterios, no leyera en su fondo

el pensamiento de Dios. Y estas impresiones á nadie debo comunicarlas sino á V., cantora de la naturaleza, cuyos armoniosos versos, escritos á la luz del sol, bajo los árboles, con el acompañamiento de los torrentes y el ruido de los bosques agitados por el viento, tienen esa natural espontaneidad de la flor que nace abandonada en el campo; y sus ecos, aún apasionados en el papel, se parecen á los primeros arpegios que el ruiseñor lanza en la primavera, oculto con su nido entre el follaje en las flexibles ramas de la florida zarza-rosa.

Voy á contar á V. una de mis expediciones de este verano. Hay en la marina de Alicante, en Lallosa, un país en el corazón de aquellas montañas, que es una Suiza iluminada por el sol, y cubierta por el cielo del Mediodía. Mi natural curiosidad, mi deseo de comunicarme con la naturaleza, de penetrar más y más en su vida; el solícito cuidado de mis amigos, que de nada me privaban, fueron parte á llevarme á tan delicioso país. En verdad, no fuimos por ferro-carril ni aún por una carretera, si es que carretera puede llamarse á un estrecho camino abierto por uno de mis compañeros de expedición; pero en cambio,

al pisar las altas sierras, al bajar á los profundos valles, al bordear los abismos, sentía que nada, absolutamente nada, ni aún la industria del hombre, se interponía entre la naturaleza y mi alma. Usted habrá sentido, que tanto siente en presencia de la naturaleza, lo que yo siento siempre. Cuando veo los árboles, los bosques, las gotas de rocío, los arroyos, las montañas coronadas de niebla, los torrentes que se precipitan entre las rocas, el águila que cruza los vientos, los azulados cielos que flotan como una gasa sobre mi frente, me desposeo de mí mismo, de mis ideas, me confundo en el sér en cuya presencia me hallo, y mi alma es como una hoja de los árboles, como una onda de los arroyos, como una espuma del torrente, como una gasa de la niebla, como un suspiro del aire, como una gota que se evapora y se pierde en la vida universal. Esto prueba que el espíritu, el espíritu que quiere volar libre por las esferas, que quiere perderse en lo infinito, que produce tantas y tan maravillosas obras de arte, no puede divorciarse, no puede en este mundo desasirse de la naturaleza; y de ahí el secreto encanto que nos dan los campos, la tierra, cuando está produciendo la vida; sí, esa vida que noso-

tros absorbemos por todos nuestros poros, que nosotros sentimos deslizarse como la sávia por todo nuestro cuerpo, hijo natural de la tierra, como el espíritu es hijo natural del cielo.

No puedo conservar fielmente en la memoria todos los cuadros que abrazó mi vista en esta expedición. Primero vimos la huerta de Benidorm con sus palmeras, sus mirtos, sus nogales, sus innumerables casas de campo ocultas entre el follaje, sus inmensos maizales, sus piteras, que le dan el aspecto de un paisaje del Oriente. Después atravesamos la pequeña aldea del Alfaz, asentada en una pintoresca colina, coronada de amenos bosquecillos, con el mar en frente, y á sus espaldas altas y pintorescas sierras. En esta aldea había en otro tiempo en medio de la plaza un enorme pino. Sus ramas se habían extendido de tal suerte, que cobijaban la iglesia y la casa del municipio. Bajo aquel árbol el pueblo celebraba sus juntas. Es antiguo en la humanidad esa tendencia á unir su vida á un árbol como á un solitario amigo, como á un confidente de sus dolores. El pueblo sagrado que lloraba en su destierro bajo los sauces de Babilonia; el profeta que cantaba acompañado por el rumor que producian los vien-

tos en los cedros del Libano; la sacerdotisa del primitivo paganismo de Dodona, que sacrificaba á la argentada luna bajo las sombrías ramas de la sagrada encina; el celta, que tenía por templos los bosques; los antiguos filósofos, que controvertían los altos principios bajo los plátanos del Pireo; los descendientes del Odino, que criaban oír suspirar las almas de sus padres en las hojas de sus selvas conmovidas por el huracán, prueban que la humanidad en todo tiempo ha unido á esos árboles, que fueron el primer apoyo de su hogar, los primeros testigos de su nacimiento, que cobijaron su cuna, un sagrado recuerdo. En estos pequeños pueblos sucede lo mismo, porque el hombre es el compendio de la humanidad. El día que cayó el árbol, todos lo sintieron, porque cayó de vejez, y todos conservan sus reliquias. Yo me acordé involuntariamente de V., sí, de V., que tantas veces me ha referido en su lenguaje, animado y pintoresco, el cariño que allá en su valle de Bótoa le inspiraba un árbol, uno de esos árboles, ora cargados de frutos, ora de flores, que parecen tener una voz cuando exhalan de sus ramas el cántico de las aves del cielo.

Seguimos nuestro viaje. Nos acercamos al pue-

blo de Nucia. Desde nuestro camino, bordado solo de algunos almendros, olivos y algarrobos, veíamos, como de una altura eminente, profundos valles que se abrían bajo nuestras plantas. Nada más pintoresco que ver un valle desde una altura. Parece que somos reyes de los vientos, y que podemos gozar de la creación recreándonos en su conjunto. La distancia confundía las líneas, borraba los espacios que separan un árbol de otro árbol, un bosque de otro bosque; y respirábamos el oloroso aroma de todas aquellas flores que subía como el incienso al cielo, y veíamos los mil pintados insectos que cruzaban entre las ramas, las aves que volaban bajo nuestras plantas, los seres todos allí diseminados, como el Supremo Artista debe ver desde la cúspide de la creación su obra.

Pocos momentos después nos hallábamos ya en Polop, pueblo vecino á Nucia. Este pueblo se levanta en una altura, y está rodeado de huertas escalonadas, que forman como un trono. Por donde quiera se encuentran arroyos, fuentes, agua cristalina y purísima que encanta la vista con su movimiento, y regala el oído con su blando susurro. El agua en movimiento siempre alegra,

porque como nuestra vida es una corriente, gustamos de esa corriente continua; pero alegre más en aquellos pueblos abrasados por el sol, en aquella tierra sedienta, en aquella naturaleza semi-oriental, entre aquellas sierras volcánicas, que recuerdan todavía en su aspereza, en su falta de vegetación, el fuego abrasador que corría por sus átomos antes que las apagara el continuo soplo de los siglos. Allí, bajo unos árboles, D. José Mayor, rico propietario del país, honrado y cumplido caballero, nos tenía preparado un suntuoso fresco, que aceptamos gustosos como un testimonio de ese aprecio que siempre queda en la memoria del viajero, cuya vida es un continuo y prolongado adiós.

Ya bastante tarde salimos de Polop. El sol se hundía en su ocaso; las sombras iban descendiendo poco á poco sobre los campos; el labrador volvía de sus faenas, y á lo lejos se oía el sonido de las esquilas del ganado que tornaba á su aprisco; el canto del grillo, escondido entre las yerbas; los últimos rumores del día, que se apagaban como el eco lejano de una orquesta. Cuando llegábamos al término de nuestro viaje, ya había entrado la noche. La luna, sin embargo, tenía con sus

resplandores el lejano mar, se levantaba sobre las colinas; entre los árboles, corriendo fugaz, brillando y desapareciendo, como la fingian los antiguos poetas. Cuando íbamos á entrar en el hondo y profundísimo valle de Algar, oímos una regalada música, que parecía exhalar de aquellas grutas, de las hojas de aquellos árboles. Difícilmente podré pintar á V. este valle en aquella deliciosa noche, que ha quedado fija, impresa indeleblemente en mi memoria. Formaban aquel cuadro elevadas montañas, cubiertas de prodigiosa vegetación; huertos suspendidos en los desfiladeros de estas montañas, como canastillos de frutas y de flores; casas diseminadas aquí y allá sobre los abismos, como nidos de palomas; torrentes precipitándose espumosos desde las altas sierras; un río claro, cristalino, deslizándose entre cañares, y naranjales y bosques de limoneros; aire fresco y perfumado, agitando dulcemente las hojas; y la luna, la blanca luna, vertiendo su luz en todos los objetos, quebrando sus rayos en los torrentes, reflejándose en las claras aguas del río, inundándolo todo con esa luz tan indecisa como un sueño, tan impalpable y etérea como un pensamiento. En estos instantes, en que contem-

plamos un cuadro tan maravilloso, el alma envidiaba á la mariposa, á la luciérnaga, hasta á los seres que viven contentos en una gota de agua, porque quisiera penetrar en la raíz de la vida, y perderse, sin conciencia de sí, en el inmenso seno de nuestra madre naturaleza.

Nosotros nos albergamos en un molino, donde D. Jacinto Ronda, hábil é inteligente abogado de Callosa, nos obsequió con toda suerte de obsequios, que nunca, nunca podremos agradecerle como se merece, por su caballerosidad y su finura. Inmediatamente que me ví allí me asaltó un recuerdo. Usted sabe que yo soy aficionadísimo á la música, porque su armonía, concierta muchas veces el desconcierto de mi sér, apaga la eterna lucha entre el espíritu y la materia, me infunde esa vaga melancolía del sentimiento, que es un verdadero descanso del alma. La vista del pintoresco molino, escondido entre cañares; los bosques umbrosos, de los cuales sacaba el airecillo algún gemido que parecía una melancólica y dulce nota; la armonía del torrente que bajaba hasta besar nuestras plantas y salpicar con sus espumas nuestra frente, dejando un eco melancólico en el aire; la cima de las montañas coronadas con

los tibios resplandores de la luna; el dulce murmullo del tranquilo rio que se deslizaba, perdiéndose en las sinuosidades del valle cubiertas de verde grama; el acento de algun cantar que parecia salir por su cadencia triste y prolongada del fondo de aquella dulce naturaleza; los mil ruidos de la noche que tenian una acentuacion fantástica, semejándose á palabras de seres sin forma, vagas como las sombras; la tristeza de mi alma, que ha creido oir siempre en la música el lamento de sus propios dolores, me inspiraban el deseo de oir alguna sonata, alguna armonía que respondiese á las ideas de mi inteligencia, á los sentimientos de mi corazon. Un amigo que miraba á mi lado aquel cuadro, al ver el molino, el torrente, los bosques, las altas montañas, me recordó el divino idilio de Bellini, que tantas veces ha arrancado dulces lágrimas á mis ojos, *La Sonámbula*. ¡Oh! ¡Cuánto hubiéramos dado en aquel momento por oir una de aquellas notas que caen como lágrimas sobre el espíritu; uno de aquellos lamentos que se llevan tras sí el alma, como la onda se lleva la cinta de alga; una de aquellas armonías campestres que tienen toda la frescura de los valles abrevados de rocío, toda la poesía de

las geórgicas de Virgilio; una de aquellas canciones del inmortal artista que infunden la vida del amor hasta en los seres inanimados; una de aquellas cadencias que hacen del corazon como una lira, y si lo entristecen, lo levantan á todo lo grande, y lo consuelan con el bálsamo del arte.

Aún no habíamos expresado este deseo entre nosotros dos, á solas, cuando se nos presentó un jóven con un violin en la mano. Su actitud, sus modales, su iluminado mirar, su cabeza griega, su continente, revelaba un artista. Varios amigos le rogaron que cantase; pero pretextó estar ronco, y no quiso cantar. Entonces le rogaron que compensase con el violin la falta del canto. Francamente, casi lo sentí; porque temia pasar un mal rato oyendo algo desagradable. El jóven accedió gustoso, y comenzó á tocar su violin. Los primeros compases me revelaron que tenia delante de mí un artista, y que me habia engañado mi presentimiento. Hallábame poseido de un magnetismo especial oyendo aquellos compases, como si hubiese tomado cuerpo una idea que volaba vaga por mi inteligencia. Sentia un descanso, un consuelo, oyendo el mágico acento del violin, ese descanso, ese consuelo que sigue siempre á la satis-